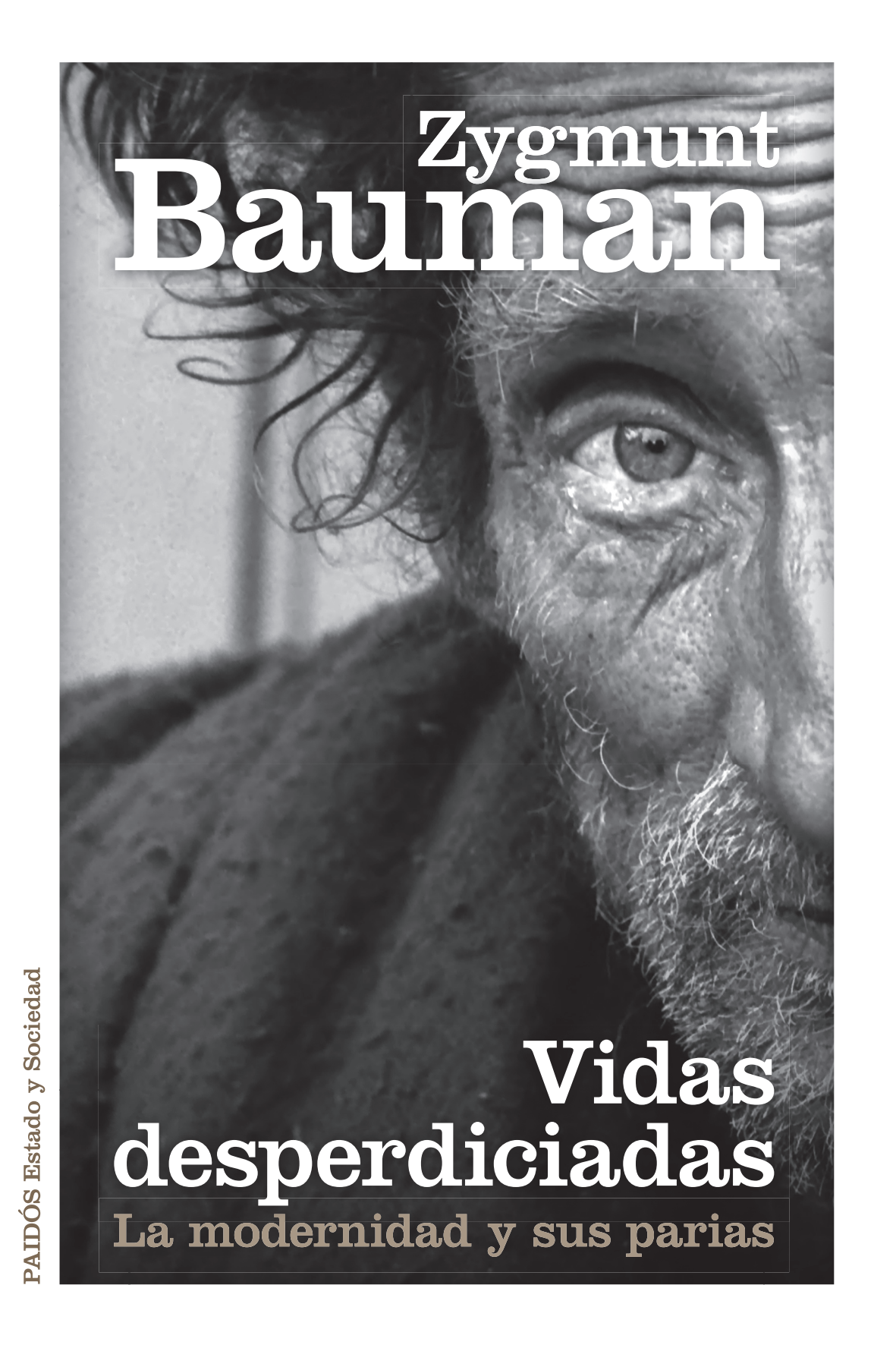


A black and white close-up portrait of Zygmunt Bauman. He has a thick, grey beard and mustache, and his eyes are looking slightly to the right. The lighting is dramatic, with strong shadows.

Zygmunt
Bauman

**Vidas
desperdiciadas**

La modernidad y sus parias

Zygmunt Bauman

Vidas desperdiciadas

La modernidad y sus parias

 **PAIDÓS**
Barcelona • Buenos Aires • México

Capítulo 1

AL PRINCIPIO FUE EL DISEÑO O los residuos de la construcción del orden

Nosotros cinco, en verdad, tampoco nos conocíamos antes y, si se quiere, tampoco nos conocemos ahora, pero lo que es posible y admitido entre nosotros cinco es imposible e inadmisibile en ese sexto. Además, somos cinco y no queremos ser seis [...].

Pero ¿cómo enseñar todo esto al sexto, puesto que largas explicaciones implicarían ya una aceptación en nuestro círculo? Es preferible no explicar nada y no aceptarlo.

FRANZ KAFKA, «Comunidad»

Según un reciente informe de la Fundación Joseph Rowntree:

El número de jóvenes que padecen depresión se ha duplicado en doce años, toda vez que cientos de miles se encuentran excluidos de niveles crecientes de educación y prosperidad [...] Cuando los nacidos en 1958 respondieron un cuestionario sobre su salud mental en 1981, el 7 % mostraba una tendencia a la depresión no clínica. La cifra equivalente para la cohorte de 1970, entrevistada en 1996, era el 14 %. Los análisis sugerían que el incremento se hallaba ligado al hecho de que el grupo de los más jóvenes había crecido con más experiencia de desempleo. Los titulados universitarios tenían un tercio menos de probabilidad de estar deprimidos.¹

La depresión es una condición mental de lo más desagradable, angustiada e incapacitadora, pero, como sugieren este y otros numerosos informes, no se trata del único síntoma del malestar que atormenta a la nueva generación nacida en el mundo moderno lí-

1. Véase John Carvel, «Depression on the rise among young», *Guardian*, 27 de noviembre de 2002.

quido y feliz,* mientras que no parecía afectar a sus inmediatos predecesores, al menos no en la misma medida. «Más experiencia de desempleo», por traumática y dolorosa que sin duda resulte, no parece ser la única causa del malestar.

La llamada «Generación X» de hombres y mujeres jóvenes nacidos en la década de 1970, en Gran Bretaña o en otros países «desarrollados», sabe de dolencias ignoradas por anteriores generaciones; no necesariamente más dolencias ni dolencias más severas, angustiosas y mortificadoras, pero sí nítidamente diferentes y novedosas; podríamos hablar de enfermedades y aflicciones «específicas de la modernidad líquida». Y tiene razones nuevas (que en algunos casos vienen a sustituir a las tradicionales y en otros se suman a ellas) para sentirse enojada, perturbada y con frecuencia ofendida, por más que los psicoanalistas y los sanadores electos, siguiendo las inclinaciones naturales que todos compartimos, recurran prosaicamente a los diagnósticos que mejor recuerdan y a las curas que más se aplicaban en los tiempos en los que fueron adiestrados para formular aquéllos y recomendar éstas.

Uno de los diagnósticos más al uso es el desempleo y, en particular, el precario panorama laboral para quienes finalizan sus estudios y se incorporan a un mercado más preocupado por incrementar los beneficios mediante el recorte de costes laborales y la supresión de ventajas que por crear nuevos empleos y establecer nuevas ventajas. Uno de los remedios más sopesados son los subsidios estatales, que convertirían en un buen negocio la contratación de jóvenes (durante el tiempo que duren los subsidios). Una de las recomendaciones que más suele hacerse entretanto a los jóvenes es que sean flexibles y no especialmente quisquillosos, que no esperen demasiado de sus empleos, que acepten los trabajos tal como vienen sin hacer demasiadas preguntas y que se los tomen como una oportunidad que hay que disfrutar al vuelo y mientras dure, y no tanto como un capítulo introductorio de un «proyecto vital», una cuestión de amor propio y autodefinición, o una garantía de seguridad a largo plazo.

* La expresión *brave new world*, que reaparecerá en otros lugares del presente libro, alude a la novela homónima de Aldous Huxley, traducida como *Un mundo feliz*. (N. del t.)

De forma alentadora, por consiguiente, la idea global de «desempleo» comporta el diagnóstico del problema junto con el mejor remedio disponible y un listado de rutinas sencillas y de una tranquilizadora obviedad, que habrán de seguirse en el camino de la convalecencia. El prefijo «des» sugiere anomalía; «*desempleo*» es un nombre para una condición manifiestamente temporal y *anormal*, de suerte que la enfermedad es de naturaleza ostensiblemente pasajera y curable. La noción de «desempleo» hereda su carga semántica de la autoconciencia de una sociedad que acostumbraba a otorgar a sus miembros el papel de productores de principio a fin, y que creía asimismo en el pleno empleo, no sólo como una condición social deseable y alcanzable, sino también como su destino último; una sociedad que ve en el empleo, por lo tanto, una clave —la clave— para la resolución simultánea de las cuestiones de una identidad personal socialmente aceptable, una posición social segura, la supervivencia individual y colectiva, el orden social y la reproducción sistémica.

El mundo humano, tal como lo expresa con acierto Siegfried Kracauer, se halla saturado de *Sollen* («deberes»), la clase de ideas que «quieren hacerse realidad»: «Tienen una tendencia innata a realizarse». Tales ideas «cobran relevancia sociológica» una vez que «comienzan a producir efectos en el mundo social»,² cuando se esfuerzan en ello, con entusiasmo aunque con un éxito variable. La historia moderna se destacó con respecto a los períodos precedentes de la historia humana por el hecho de exhibir sus «deberes», hacerlos explícitos y resolver «vivir con vistas a ellos». La modernidad, por recurrir de nuevo a Kracauer, mantuvo una «doble existencia», orientándose «hacia el Más Allá en el que todo lo del Aquí habría de hallar su significado y su conclusión».³

De tales «deberes» nunca hubo escasez; la historia moderna fue una prolífica fábrica de modelos de «buena sociedad». Las batallas

2. Siegfried Kracauer, «The group as bearer of ideas», en *Das Ornament der Masse* (1963), citado aquí según la traducción de Thomas Y. Levin, *The Mass Ornament: Weimar Essays*, Harvard University Press, 1995, pág. 143.

3. «Travel and dance», en *Das Ornament der Masse*, págs. 68-69.

de más fuerte inspiración ideológica que sembraron la historia moderna se libraron en las primeras líneas del *Sollen*, entre «deberes» furiosamente competitivos. Y, sin embargo, todas las variedades del «deber» convenían en que la prueba de fuego de una «buena sociedad» consistía en puestos de trabajo para todos y un papel productivo para cada uno. La historia moderna, endémicamente crítica hacia todo presente por pararse en seco a excesiva distancia del «debería», se batió contra muchos canallas e infortunios, mas la batalla que se consideraba decisiva fue la librada contra la escasez de puestos de trabajo y una insuficiente oferta de papeles productivos o de la voluntad de ocuparlos.

¡Qué diferente es la idea de «superfluidad» que tanta prominencia ha adquirido durante la vida de la Generación X! Mientras que el prefijo «des», en «desempleo», solía sugerir una salida de la norma —como en «desorientado» o «desmotivado»— nada semejante sugiere el concepto de «superfluidad». Ningún indicio de anormalidad, anomalía, episodio de mala salud o momentáneo deslíz. La «superfluidad» insinúa permanencia y alude a lo ordinario de la condición. Nombra una condición sin ofrecer un antónimo del que poder echar mano. Supone una nueva forma de normalidad actual y la forma de las cosas inminentes y destinadas a permanecer tal como están.

Ser «superfluo» significa ser supernumerario, innecesario, carente de uso —sean cuales fueren las necesidades y los usos que establecen el patrón de utilidad e indispensabilidad—. Los otros no te necesitan; pueden arreglárselas igual de bien, si no mejor, sin ti. No existe razón palmaria para tu presencia ni obvia justificación para tu reivindicación del derecho de seguir ahí. Que te declaren superfluo significa haber sido desechado *por ser desechable*, cual botella de plástico vacía y no retornable o jeringuilla usada; una mercancía poco atractiva sin compradores o un producto inferior o manchado, carente de utilidad, retirado de la cadena de montaje por los inspectores de calidad. «Superfluidad» comparte su espacio semántico con «personas o cosas rechazadas», «derroche», «basura», «desperdicios»: con *residuo*. El destino de los *desempleados*, del «ejército de reserva del trabajo», era el de ser reclamados de nuevo para el servicio activo. El destino de los residuos es el basurero, el vertedero.

Con frecuencia, en realidad de manera rutinaria, de la gente tildada de «superflua» se habla como de un problema esencialmente financiero. Ha de ser «provista», es decir, alimentada, calzada y cobijada. No sobreviviría por sí misma, carece de «medios de subsistencia» (entiéndase sobre todo subsistencia biológica, lo contrario de muerte por malnutrición o frío). La respuesta a la superfluidad es tan financiera como la definición del problema: limosnas provistas, legisladas, avaladas o promovidas por el Estado y variables en función de la investigación de los recursos económicos en cada caso (designados con un abanico de eufemismos: subsidios de asistencia social, deducciones tributarias, desgravaciones, subvenciones). Quienes se muestran poco comprensivos hacia una respuesta de este tenor tienden a rebatirla en términos análogamente financieros (encabezados por un «¿podemos permitirnoslo?»), apelando a la «carga financiera» que todas esas medidas imponen a los contribuyentes.

La necesidad de ayudar a la subsistencia de las personas declaradas «superfluas», de ayudarles tal vez de forma permanente (para decirlo sin rodeos, la necesidad de aceptar el derecho de una parte de la población, permanente e inexorablemente superflua, a una cierta riqueza que ni contribuye a producir ni es necesaria para su producción) no supone, sin embargo, sino una parte del problema que los parados representan tanto para sí mismos como para los demás. Otra dimensión del problema —harto más fundamental, aunque en absoluto reconocida y abordada como corresponde— estriba en que en la sección del mundo generalmente abarcada por la idea de «sociedad» no hay ningún departamento reservado para los «residuos humanos» (humanos residuales, para ser más exactos). Incluso si la amenaza que se cierne sobre la supervivencia *biológica* se aborda y se combate con efectividad, tamaña proeza distará mucho todavía de las garantías de supervivencia *social*. No será suficiente para volver a admitir a los «superfluos» en la sociedad de la que han sido excluidos —del mismo modo que el almacenamiento de residuos industriales en contenedores refrigerados difícilmente bastará para transformarlos en mercancías.

La sensación de que la superfluidad puede indicar tal «carencia de hogar social», con toda la consiguiente pérdida de autoestima y

metas vitales, o la sospecha de que tal puede ser la suerte que le aguarde en cualquier momento por más que aún no le haya tocado, es la parte de la experiencia vital de la Generación X que no comparte con las generaciones precedentes, por muy hondo que pueda haber sido el sentimiento de miseria de éstas. De hecho, la Generación X cuenta con abundantes razones para sentirse deprimida. Mal acogida, tolerada a lo sumo, decididamente relegada al puesto de destinataria de la acción socialmente recomendada o tolerada, tratada en el mejor de los casos cual objeto de benevolencia, caridad y piedad (cuestionadas como inmerecidas, para hurgar en la herida), mas no de ayuda fraternal, acusada de indolencia y sospechosa de intenciones inicuas y tendencias criminales, pocas razones tiene para tratar a la «sociedad» como un hogar por el cual mostrar lealtad y preocupación. Como sugiere Danièle Linhart, coautor de *Perte d'emploi, perte de soi*:⁴ «Estos hombres y mujeres no sólo pierden su empleo, sus proyectos, sus puntos de referencia, la confianza de llevar el control de sus vidas; se encuentran asimismo despojados de su dignidad como trabajadores, de autoestima, de la sensación de ser útiles y de gozar de un puesto propio en la sociedad».⁵ Así pues, ¿por qué habrían de respetar los empleados súbitamente descalificados las reglas del juego político democrático, si las del mundo laboral se ignoran de forma descarada?

En la *sociedad de productores*, los desempleados (incluidos aquellos temporalmente «fuera de la cadena de montaje») pudieron haberse sentido desdichados y miserables, pero su lugar en la sociedad era incuestionable y seguro. En el frente de batalla de la producción, ¿quién negaría la necesidad de unidades de reserva dispuestas para el combate si fuera menester? Los consumidores insatisfechos en la *sociedad de consumidores* no pueden estar tan seguros. De lo que pueden tener certeza es de que, habiendo sido expulsados del único juego de la ciudad, ya no son jugadores y, por consiguiente, ya no se les necesita. Antaño, para ser un aspirante a productor bas-

4. Danièle Linhart, Barbara Rist y Estelle Durand, *Perte d'emploi, perte de soi*, Erès, 2002.

5. Danièle Linhart, «Travail émietté, citoyens déboussolés», *Manière de Voir*, 66, noviembre-diciembre de 2002, págs. 10-13.

taba con satisfacer el conjunto de condiciones para la admisión en la sociedad de productores. La promesa de ser un consumidor diligente y la reivindicación del estatus de consumidor no bastarán, sin embargo, para la admisión en la sociedad de consumidores. En la sociedad de consumidores no tienen cabida los consumidores fallidos, incompletos o frustrados. En *Erewhon*,* de Samuel Butler: «Toda clase de desdicha o mala suerte y hasta ser víctima de las malas artes del prójimo considéranse como delitos contra la sociedad, toda vez que causan malestar a los que oyen su relato». «Por lo tanto, los reveses de fortuna [...] son delitos castigados casi con la misma severidad que los de orden físico.»⁶ Los consumidores fallidos no sabrán cuándo pueden declararles criminales.

La Generación X está también polarizada de modo más tajante que la generación inmediatamente precedente, y la línea divisoria se ha desplazado hacia arriba en la jerarquía social. Ciertamente es que la intrincada volatilidad de la ubicación social, las sombrías perspectivas, el vivir al día sin ninguna oportunidad fidedigna de un asentamiento duradero o, al menos, a más largo plazo, la vaguedad de las reglas que hay que aprender y dominar para arreglárselas, este cúmulo de factores les persiguen a todos ellos sin discriminación, generando en todos ansiedad, despojando a todos o casi todos los miembros de la generación de su autoestima y de la seguridad en sí mismos. El umbral inferior de la terapia efectiva contra todas las aflicciones de este tenor se ha elevado, no obstante, más allá del alcance de la gran mayoría. Una titulación superior se ha convertido ahora en la condición mínima incluso para la esperanza de lograr una vida digna y segura (lo cual no significa que una titulación universitaria garantice un viaje exento de dificultades; tan sólo parece hacerlo porque sigue siendo el privilegio de una minoría). Diríase que el mundo ha dado otro salto, y, sin embargo, la mayoría de sus ocupantes, incapaces de soportar la velocidad, se han caído del vehículo en plena aceleración, mientras que la mayoría de aquellos

* *Erewhon* es un anagrama resultante de la inversión de las letras de *nowhere* («en ninguna parte»). (N. del t.)

6. Samuel Butler, *Erewhon*, Prometheus Books, 1998, pág. 94 (trad. cast.: *Erewhon*, Barcelona, Minotauro, 2003, pág. 99).

que aún no se habían subido no han conseguido correr hasta alcanzarlo y montarse al vuelo.

Las preocupaciones de la Generación X, preocupaciones derivadas de la superfluidad, difieren de las dificultades vividas y registradas por las generaciones previas. También se padecen y abordan en su propia forma distinta y singular. Y, sin embargo, no carecen de precedentes.

Desde los albores de la modernidad, cada generación sucesiva ha dejado sus naufragos abandonados en el vacío social: las «víctimas colaterales» del progreso. Mientras que muchos se las arreglaban para subirse al acelerado vehículo y disfrutaban a fondo el viaje, muchos otros —menos taimados, diestros, inteligentes, musculosos o aventureros— se quedaban rezagados o se les obstaculizaba la entrada al abarrotado carruaje si no quedaban aplastados bajo sus ruedas. En el vehículo del progreso, el número de asientos y plazas de pie no bastaba por lo general para acomodar a todos los pasajeros potenciales y la admisión era en todo momento selectiva; tal vez por ello resultaba dulce para tantos el sueño de sumarse a la expedición. El progreso se anunciaba bajo el eslogan de más felicidad para *más* gente; pero quizás aquello en lo que consistía en última instancia el progreso, el distintivo de la era moderna, era en el hecho de que se necesitaba cada vez *menos* gente en movimiento, acelerando y ascendiendo hasta esas cotas que antaño habrían requerido una muchedumbre hartó más nutrida para negociar, invadir y conquistar.

En este sentido, la Generación X no es la primera en contar con buenas razones para estar deprimida. Lo peculiar de su ardua situación radica, de entrada, en el hecho de que una parte insólitamente amplia de la cohorte ha sido, o siente que ha sido, abandonada y dejada atrás. Peculiar es también la extendida sensación de confusión, desconcierto y perplejidad. A pesar de todas las similitudes, nuestros contemporáneos sienten, de manera intuitiva, que la dificultad actual difiere de las dificultades de las generaciones pasadas, por más que éstas tuvieran también su buena dosis de miseria. Y, lo que es acaso más importante, hoy en día tendemos a sentir que la medicina patentada que heredamos del pasado ha per-

dido su eficacia. Por diestros que seamos en el arte de manejar las crisis, no sabemos realmente cómo abordar esta dificultad. Tal vez carezcamos incluso de las herramientas para pensar en modos razonables de atajarla.

Las sociedades de nuestros padres y abuelos también establecían sus condiciones para la admisión y para la expedición de permisos de residencia. Sin embargo, sus condiciones se expresaban con nitidez, sin confusión alguna en sus términos, y se completaban con instrucciones análogamente claras sobre el procedimiento para satisfacerlas. Dichas sociedades disponían sus itinerarios justo del otro lado de cada acceso. Las sendas solían ser estrechas, dejando escaso margen de acción y albergando aún menos esperanzas de aventura, por lo que podían antojarse intimidantes e insufriblemente constrictivas a aquellos para quienes la seguridad y la certeza no suponían problema alguno. (Sigmund Freud dio cuenta magistralmente de los tormentos de éstos, en una teoría general de los descontentos y los desórdenes psicológicos que la civilización no podía por menos de engendrar.) Sin embargo, para aquellos que continuaban necesitando una embarcación fiable que garantizase una travesía segura, el destino no era ni un misterio ni una cuestión de angustiosa elección; las faenas de la navegación no se hallaban acosadas por un sinfín de riesgos insondables. Lo que les quedaba a quienes empuñaban los remos era remar con diligencia y perseverancia, siguiendo al pie de la letra las reglas de la embarcación.

Hoy las dificultades han cambiado: están más vinculadas a los *fin*es que a los *med*ios. Las rutinas de antaño, denigradas y resentidas por tantos mientras aún conservaban plena vigencia, hoy se han extinguido, llevándose consigo a la tumba esa confianza inspiradora de seguridad. Ahora ya no se trata de encontrar los medios para fines claramente definidos y asirlos luego con firmeza y usarlos con la máxima destreza y la mayor eficacia. Se trata ahora del carácter evasivo (y, con demasiada frecuencia, ilusorio) de los fines, que se desvanecen y disuelven a más velocidad de lo que cuesta alcanzarlos; indeterminados, inestables y vistos por lo general como indignos de compromiso y dedicación eternos. Tampoco cabe confiar en las reglas de admisión a los itinerarios establecidos ni en los per-

misos para emprender la marcha por ellos. Si no se han desvanecido por completo, tienden a abandonarse y reemplazarse sin previo aviso. Y, lo que es más importante, para quienquiera que fuere una vez excluido y destinado a la basura no existen sendas evidentes para recuperar la condición de miembro de pleno derecho. Tampoco existen caminos alternativos, oficialmente aprobados y proyectados, que cupiera seguir (o que hubiera que seguir a la fuerza) hacia un título de pertenencia alternativo.

La cuestión clave radica en que, mientras que todo esto sucede en la puerta de nuestra casa, no podemos decir con franqueza lo que, usando nuestras herramientas caseras y nuestros recursos de cosecha propia, podemos hacer para superar la plaga. Ya no se trata de un hipo pasajero, de la ralentización que sucede al recalentamiento de la economía y precede a otro período de prosperidad, de un irritante temporal que desaparecerá y «pasará a la historia» una vez que retoquemos un poco los impuestos, los subsidios, las desgravaciones y los incentivos para estimular otra «recuperación encabezada por los consumidores». Diríase que las raíces de la dificultad se han desplazado más allá de nuestro alcance; y sus más densos y espesos macizos no se encontrarán en ninguno de los mapas del servicio oficial de topografía y cartografía.

Digresión: Contar cuentos Los cuentos son como focos y reflectores; iluminan partes del escenario dejando el resto en la oscuridad. Si iluminasen por igual la totalidad de la escena, no serían realmente de ninguna utilidad. Después de todo, su tarea consiste en «resolver» la escena, dejándola dispuesta para el consumo visual e intelectual de los espectadores; crear un cuadro que sea posible asimilar, comprender y retener a partir de la anarquía de manchas y borrones que no acertamos a entender ni a descifrar.

Los cuentos ayudan a los buscadores de comprensión, separando lo relevante de lo irrelevante, las acciones de sus escenarios, la trama de su trasfondo, y los héroes o los villanos en el corazón de la trama de las legiones de figurantes y títeres. La misión de los cuentos es la de seleccionar y corresponde a su naturaleza incluir mediante la exclusión e iluminar proyectando sombras. Es un grave malentendido, amén de una injusticia, acusar a los cuentos de favorecer una parte de la escena

al tiempo que desatienden otra. Sin selección no habría historia. Decir que «ésta sería una buena historia de no omitir esto o aquello» es como afirmar que «éstas serían unas buenas ventanas para ver a través de las paredes de no estar enmarcadas y separadas por los muros que hay entre ellas».

Como anticipando la inminente negación de las ilusorias esperanzas de la modernidad, Jorge Luis Borges escribió la historia de Ireneo Funes, quien de niño se cayó de un caballo y quedó lisiado y «casi incapaz de ideas generales, platónicas» (es decir, de abstraer: de destacar ciertos aspectos de lo que veía excluyendo el resto). En su lugar era capaz de (¡tenía que!) percibir «todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra» en tanto que «nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa».⁷ Dos o tres veces, Funes «había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero». Habiendo constatado no sólo que la tarea que se había encomendado era interminable, sino también que la idea de semejante tarea era vana en su integridad, Funes se lamentaba: «Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras». Una vez exploradas la maldición y las ventajas de la ignorancia, Milan Kundera aduce: «Si alguien pudiera conservar en su memoria todo lo que ha vivido, si pudiera evocar cuando quisiera cualquier fragmento de su pasado, no tendría nada que ver con un ser humano: ni sus amores, ni sus amistades, ni sus odios, ni su facultad de perdonar o de vengarse se parecerían a los nuestros».⁸

Y Kundera advierte que no comprenderemos ni un ápice sobre la vida humana si negamos que, en cualquier instante de dicha vida, «una realidad, tal cual era, ya no es; su restitución es imposible».

Oculto tras un misterioso escritor medieval, Suárez Miranda, Borges escribió acerca de un imperio en el que «el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo,

7. «Funes, his memory», en Jorge Luis Borges, *Collected Fictions*, Penguin, 1998, págs. 129-137 («Funes el memorioso», en *Narraciones*, Madrid, Cátedra, 1988, págs. 111-120).

8. Milan Kundera, *Ignorance*, Faber, 2002, págs. 123-124 (trad. cast.: *La ignorancia*, Barcelona, Tusquets, 2000, págs. 127-128).

esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él».⁹ Lamentablemente, «las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos», de suerte que sólo perduran «despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos».

Saber es elegir. En la fábrica del conocimiento, el *producto* se separa de los *residuos*, y la visión de los potenciales clientes, de sus necesidades o sus deseos, es la que decide cuál es cuál. La fábrica del conocimiento está incompleta a falta de lugares para la eliminación de residuos. Si la luz del conocimiento ilumina es por gentileza de la oscuridad circundante. El conocimiento es inconcebible sin la ignorancia, la memoria sin el olvido. El conocimiento puede tenerse gracias a la liquidación de espacios en blanco carentes de interés, y la precisión, exactitud y utilidad pragmática del conocimiento crecen con el tamaño de dichos espacios. En la práctica, lo excluido —expulsado del centro de atención, arrojado a las sombras, relegado a la fuerza al trasfondo vago o invisible— ya no pertenece a «lo que es». Ha sido privado de existencia y espacio propio en el *Lebenswelt*. Ha sido, por tanto, destruido, si bien estamos hablando de una *destrucción creativa*. Según la brillante formulación de Mary Douglas, «su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno».¹⁰

Primero tiene lugar una visión: la imagen de la pasmosa complejidad y la incapacitadora infinitud del mundo reducidas a proporciones soportables, asimilables, manejables y llevaderas. «En tanto que perceptores —dice Douglas— seleccionamos de entre todos los estímulos que caen bajo el área de nuestros sentidos aquellos que únicamente nos interesan [...] En el caos de impresiones cambiantes cada uno de

9. «On exactitude in science», en Borges, *Collected Fictions*, pág. 325 («Del rigor en la ciencia», en *Narraciones*, pág. 129).

10. Mary Douglas, *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*, Penguin, 1970, pág. 12 (trad. cast.: *Pureza y peligro: análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid, Siglo XXI, 2000, Introducción, pág. xxviii).

nosotros construye un mundo estable en el que los objetos tienen formas reconocibles.»¹¹

Viene a continuación el esfuerzo por elevar el mundo «realmente existente» (ese mundo presente a nuestro alrededor y en nuestro interior de forma tan tangible, pertinaz, contundente y dolorosa en exceso, precisamente por ser desordenado y cualquier cosa menos perfecto) al nivel de la visión; por tornarlo tan sencillo, puro y legible como lo es la visión. Es la visión la que presenta el mundo como susceptible de moldeamiento, modelado, estrujamiento y estiramiento, justo el objeto adecuado para la acción. Tal como lo expresa Siegfried Kracauer: «La pesadez, el desgarbo y la impenetrabilidad de la realidad se revelan con claridad y mayor determinación a aquellos que se aproximan a ella desde la ventajosa posición de la idea».¹² Si el mundo «emerge con horrible claridad» y si se escucha la llamada a la acción es gracias a la visión. «Al expulsar la suciedad, al empapelar, decorar, asear, no nos domina la angustia de escapar a la enfermedad —dice Mary Douglas— sino que estamos re-ordenando positivamente nuestro entorno haciéndolo conformarse a una idea [...] En pocas palabras, nuestro comportamiento de contaminación es la reacción que condena cualquier objeto o idea que tienda a confundir o a contradecir nuestras entrañables clasificaciones.»¹³ (O, como diría el Marco Polo de Calvino, cualquier objeto o idea que confunde la reconfortante claridad de «la ciudad de la que hablamos», de la ciudad que «tiene mucho de lo que se necesita para existir», lo que *nosotros* necesitamos para existir, y del modo en que *nosotros* hablamos de dicha ciudad.)

Abandonado a su suerte, no iluminado por los focos del cuento y antes de la primera sesión de montaje con los diseñadores, el mundo no es ni ordenado ni caótico, ni limpio ni sucio. El diseño humano es lo que hace aparecer el desorden *junto con* la visión del orden, la suciedad junto con el proyecto de pureza. El pensamiento recorta primero la imagen del mundo, de suerte que puede re-

11. *Ibid.*, pág. 49 (trad. cast.: págs. 35-36).

12. Kracauer, *The Mass Ornament*, pág. 161.

13. Douglas, *Purity and Danger*, págs. 12 y 48 (trad. cast.: *The Mass Ornament*, págs. xxix y 35).

cortarse el propio mundo justo a continuación. Una vez recortada la imagen, el recorte del mundo (el deseo de recortarlo, el esfuerzo por recortarlo, si bien no necesariamente la consumación de la hazaña del recorte) es una conclusión inevitable. El mundo es manejable y demanda ser manejado en tanto en cuanto se ha rehecho a la medida de la comprensión humana. El mandato de Francis Bacon, en virtud del cual «para ser gobernada, la naturaleza ha de ser obedecida», no era una llamada a la humildad y menos aún una invitación a la mansedumbre. Era un acto de desafío.

La naturaleza ha sido obedecida —sea como fuere, a sabiendas o no— desde el inicio de los tiempos. Al fin y a la postre, el significado mismo de la idea de «naturaleza» había que buscarlo en el hecho de no ser obra humana y extenderse, por consiguiente, más allá del alcance humano y eludir el poder humano. La herejía de Bacon consiste en la idea de que la naturaleza así concebida no necesita y no debería dejarse tal como está, como había sucedido hasta entonces debido a una lamentable negligencia y a una inexcusable falta de resolución, sino que puede *gobernarse*, siempre y cuando aprendamos sus leyes, que hemos de obedecer. Tres siglos después, Karl Marx habría de reprender a los filósofos por no acertar a seguir hasta el final el precepto baconiano: viajando por la vía que conduce desde la obediencia hasta el dominio, los filósofos se detuvieron a medio camino y se apearon del tren en la estación Explicación. Ahora bien, diría Marx, con toda la perfección de un panal, hasta el más desastroso y torpe de los arquitectos es superior a una abeja, y ello gracias a la imagen del producto acabado que tiene en su cabeza antes de que comience el trabajo de construcción.

Por supuesto, los diseños se requieren porque está a punto de crearse algo *nuevo*; se va a cambiar algo existente, ya presente ahí afuera, en el mundo tal cual es. Y así como no se sabe si algo es bueno hasta que se prueba, el conocimiento se prueba a sí mismo cambiando el mundo.

Hay, con todo, dos maneras radicalmente diferentes de crear lo nuevo. Lewis Mumford se valió de la alegoría de la agricultura frente a la minería con el fin de captar la diferencia entre ellas. La agricultura, afirma Mumford, «repone deliberadamente lo que el hombre sustrae de la tierra». El proceso de la minería, por el con-

trario, «es destructivo [...] y lo que se saca una vez de la cantera o el pozo no puede ser reemplazado». Así, la minería «presenta la imagen misma de la discontinuidad humana, hoy aquí y mañana ya no, ora febril de lucro, ora agotada y vacía». ¹⁴ Podemos decir que una de las modalidades más generalizadas entre las formas modernas de crear (¿o deberíamos decir más bien de destruir creativamente?) se ha conformado a imagen y semejanza de la minería.

La agricultura representa la continuidad: el grano produce más grano, la oveja engendra más ovejas. *Plus ça change — plus c'est la même chose*. El cultivo como reafirmación del ser... Un crecimiento sin pérdidas... Nada se pierde en el camino. A la muerte le sucede el renacimiento. No es de extrañar que las sociedades de agricultores diesen por sentada la eterna continuidad de los seres; lo que presenciaban y lo que practicaban era una cadena ininterrumpida de finales indistinguible de la incesante repetición de comienzos o, mejor dicho, de una resurrección perpetua. No vivían hacia la muerte, como sugería Martin Heidegger, considerando los medios y arbitrios de la *techné* en los tiempos de su triunfo definitivo, sino hacia el perpetuo renacimiento, ya fuese en la forma de una reencarnación infinita, ya de cuerpos carnales y mortales renacidos como espíritus, como almas inmateriales pero inmortales.

La minería es, por su parte, el arquetipo de la ruptura y la discontinuidad. Lo nuevo no puede nacer a menos que se deseché, se tire o se destruya algo. Lo nuevo se crea al hilo de la disociación meticulosa y despiadada entre el producto final y todo cuanto se interpone en el camino que conduce hasta él. Preciosos o bajos de ley, los metales puros sólo puede obtenerse eliminando escoria y carbonillas de la mena. Y sólo podemos bajar hasta la mena quitando y desechando capa tras capa del suelo que obstruye el acceso a la veta, talando o quemando de antemano el bosque que obstaculizaba el acceso al suelo. La minería niega que la muerte lleve en su seno un nuevo nacimiento. Antes bien, la minería procede

14. Lewis Mumford, *The City in History: Its Origins, its Transformations, and its Prospects*, Nueva York, 1961, págs. 450-451 (trad. cast.: *La ciudad en la historia: Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Buenos Aires, Infinito, 1979, 2 vols., pág. 602).

desde la asunción de que el nacimiento de lo nuevo requiere la muerte de lo viejo. Y, si es así, entonces cada nueva creación está destinada a compartir, más pronto o más tarde, la suerte de aquello que se ha dejado atrás para pudrirse y descomponerse, con el fin de preparar una vez más el terreno para otra nueva creación. Cada punto por el que atraviesa la minería es un punto sin retorno. La minería es un movimiento de sentido único, irreversible e irrevocable. La crónica de la minería es un cementerio de filones y pozos agotados, repudiados y abandonados. La minería resulta inconcebible sin *residuos*.

Cuando le preguntaban cómo lograba la bella armonía de sus esculturas, Miguel Ángel respondía al parecer: «Es sencillo. Se coge un bloque de mármol y se eliminan todos los pedazos superfluos». En el apogeo del Renacimiento, Miguel Ángel proclamaba el precepto que había de guiar la creación moderna. *La separación y la destrucción de los residuos habría de ser el secreto de la creación moderna*: eliminando y tirando lo superfluo, lo innecesario y lo inútil habría de adivinarse lo agradable y lo gratificante.

La visión de una forma perfecta, oculta en el interior del informe bloque de piedra en bruto, precede el acto de su nacimiento. Los residuos son la envoltura que esconde dicha forma. Para dejar al descubierto la forma, para hacerla emerger y ser, para admirar su perfección en toda la pureza de su armonía y belleza, es preciso primero desenvolver la forma. Para que algo se cree, otra cosa habrá de desecharse. Hay que destrozar, triturar y tirar el envoltorio, los residuos del acto creativo, no sea que deje atestado el suelo y entorpezca los movimientos del escultor. No puede haber un taller artístico sin su basurero.

Esto convierte los residuos, sin embargo, en un ingrediente indispensable del proceso creativo. Más aún, confiere al residuo un poder imponente, realmente mágico, equivalente al de la piedra filosófica de los alquimistas: el poder de una maravillosa transmutación del material básico, insignificante y de baja categoría en un objeto noble, bello y precioso. Asimismo, hace del residuo una encarnación de la ambivalencia. El residuo es simultáneamente divino y satánico. Es la comadrona de toda creación y su más formidable obstáculo. El residuo es sublime: una singular mezcla de atracción y

repulsión, que provoca una combinación igualmente excepcional de respeto y temor.

Pero recordemos a Mary Douglas: ningún objeto *es* «residuo» por sus cualidades intrínsecas y ningún objeto puede *llegar a ser* residuo en virtud de su lógica interna. Al asignarles los diseños humanos el carácter de residuos es cuando los objetos materiales, tanto humanos como no humanos, adquieren todas las cualidades misteriosas, respetables, temibles y repulsivas que antes enumeramos. En su extraordinario estudio de la significación ritual y de las propiedades mágicas comúnmente atribuidas al cabello humano, Edmund Leach advierte que, en muchas culturas,

al pelo de la cabeza, mientras forma parte del cuerpo, se le dispensa un trato cariñoso, tiéndolo, peinándolo y adornándolo de la forma más elaborada, pero tan pronto como se corta deviene «suciedad» y se asocia de manera explícita y consciente con las [...] sustancias contaminantes, las heces, la orina, el semen y el sudor [...] La «suciedad» es claramente un material mágico; confiere al barbero y al lavandero un poder peligroso y agresivo, mas no se trata del poder de un individuo en particular [...]

sino del poder del propio «cabello mágico» o, para ser más exactos, del singular acto de transmutación que tiene lugar al desprenderse del cuerpo humano. Todas las operaciones efectuadas sobre el cabello —cortar, afeitar, peinar— equivalen a hacer aparecer una nueva persona a partir de la vieja, toda vez que, en numerosas culturas, el pelo de la cabeza se remodela como una parte integral de un rito de pasaje desde una identidad socialmente asignada a otra. Así pues, el acto de separación «no sólo crea dos categorías de personas; crea también una tercera entidad, la cosa separada de manera ritual [...]». En otras palabras, «es la situación ritual la que torna “poderoso” al cabello, no el cabello el que torna poderoso al ritual».¹⁵

El pelo cortado comparte algunos de los atributos mágicos que se le imputan (magia negra, para ser precisos) con la orina, el sudor

15. Véase Edmund R. Leach, «Magical hair», en John Middleton (comp.), *Myth and Cosmos: Readings in Mythology and Symbolism*, Natural History Press, 1967, págs. 77-108.

y otras sustancias análogamente «contaminantes», rehuidas y aborrecidas en virtud de la ambigüedad de su condición —transgrediendo la barricada que no debería cruzarse so pena de que el mundo pierda su transparencia y las acciones su claridad, debido al cuestionamiento y la puesta en tela de juicio de la frontera sacrosanta entre el yo encarnado y el resto del mundo. Pero el cabello cortado participa asimismo de los potentes y siniestros atributos de todo residuo. Como todos los residuos, juega un papel clave en el milagroso acto de extraer lo nuevo a partir de lo viejo, lo mejor de lo peor, lo superior de lo inferior. Esa deseada y bienvenida transmutación no es completa, y desde luego no es segura, en tanto en cuanto siguen por ahí los «residuos», en lugar de haberse erradicado y depositado en una ubicación hermética y remota. El acto de creación alcanza su culminación, terminación y auténtica consumación en el acto de separación y eliminación de residuos.

La mentalidad moderna nació junto con la idea de que *el mundo puede cambiarse*. La modernidad consiste en el rechazo del mundo tal como ha sido hasta el momento y en la resolución de cambiarlo. La forma de ser moderna estriba en el cambio compulsivo y obsesivo: en la refutación de lo que «es meramente» en el nombre de lo que podría y, por lo mismo, debería ocupar su lugar. El mundo moderno es un mundo que alberga un deseo, y una determinación, de desafiar su *mêmeté* (como diría Paul Ricoeur), su mismidad. Un deseo de hacerse diferente de lo que es en sí mismo, de rehacerse y de continuar rehaciéndose. La condición moderna consiste en estar en camino. La elección es modernizarse o perecer. La historia moderna ha sido, por consiguiente, una historia de diseño y un museo/cementerio de diseños probados, agotados, rechazados y abandonados en la guerra en curso de conquista y/o desgaste librada contra la naturaleza.

En lo tocante al diseño, la mentalidad moderna no tenía parangón. Los diseños eran un artículo del que las sociedades modernas y sus miembros nunca estaban faltos. La historia de la era moderna ha sido una larga retahíla de diseños contemplados, intentados, perseguidos, ejecutados, fallidos o abandonados. Los diseños fueron numerosos y diferentes, pero cada uno de ellos retrataba una

realidad futura distinta de la conocida por los diseñadores. Y dado que «el futuro» no existe en tanto en cuanto permanece «en el futuro», y dado que al tratar con lo no existente uno no puede «poner las cosas claras», no se contaba por anticipado, y mucho menos con certeza, cómo habría de ser el mundo que emergería en el otro extremo de los esfuerzos de construcción. ¿Sería de veras, según lo anticipado, un mundo benigno, grato y de fácil manejo? Y los activos presupuestados y reservados al efecto y los planes de trabajo aprobados, ¿se revelarían adecuados para transferir dicho mundo del tablero de dibujo al presente del futuro?

Una alta probabilidad de respuestas negativas a ambas preguntas fue siempre y seguirá siendo un atributo inherente al diseño. «La idea de un bien absoluto parece sacada de una ilusión», advierte Tzvetan Todorov.¹⁶ La consecución de un bien mayor tiene su precio: junto con sus beneficios, está destinada a acarrear consecuencias tan indeseables como impredecibles, si bien éstas suelen relativizarse o ignorarse en la fase de diseño con el pretexto de la nobleza de las intenciones globales. Los diseños están plagados de riesgos; en el transcurso de la modernidad, una parte cada vez mayor del celo diseñador y de los esfuerzos invertidos en la realización de diseños venía alentada por el anhelo de desintoxicar, neutralizar o quitar de la vista los «daños colaterales» causados por los diseños del pasado. El diseño deviene su propia causa suprema; el diseño es, al fin y a la postre, un proceso que se perpetúa a sí mismo. Es también un empeño intrínsecamente derrochador. Si ningún diseño puede seguir al pie de la letra el rumbo previsto, ni puede evitar afectar, de manera impredecible y con frecuencia poco grata, aspectos de la realidad pasados por alto o ignorados de forma deliberada, entonces sólo el diseño excesivo, un *excedente de diseños*, puede salvar el proceso de diseño en su conjunto, compensando la inevitable falibilidad de cada una de sus partes y fases.

Un diseño a toda prueba, a prueba de riesgo, es prácticamente una contradicción en sus términos.

16. Tzvetan Todorov, *Devoirs et délices. Une vie de passeur* (conversaciones con Catherine Portevin), Seuil, 2002, pág. 304.